

Orlando Yorio

Su huella en el corazón del pueblo

Escrito por Madilene da Costa



Orlando Yorio

Su huella en el corazón del pueblo

© 2022, Madilene Da Costa

E-mail: madidacosta@gmail.com

Diseño y edición:

DG Patricia Caram

C.A.B.A - Argentina

E-mail: patricaram2009@gmail.com

Foto de portada:

De izquierda a derecha: Juan José, Madilene y Orlando.

Foto tomada en la Parroquia de Santa Bernardita en ocasión del aniversario de bodas Juan José y Madilene en el año 1999.

ISBN 978-9915-41-268-9

Edición, Octubre 2022, Buenos Aires, Argentina.

Impreso en Uruguay.

Orlando Yorio

Su huella en el corazón del pueblo

Escrito por Madilene da Costa

Índice

¿Quién fue Orlando Yorio? 09

Introducción 13

Prólogo 15

PARTE I

El vió más allá 25

La Experiencia con los pobres,
Misión Candelaria..... 29

Y hubo bautismos 37

Y hubo dificultades 40

Y también, boda 41

Testimonio 45

“Saludos a Jesús” 47

Orlando, su pascua 50

El alma no duele	53
Reflexión final	55

PARTE II

Nelly	61
Mirian	62
Freddy	63
Rosi	67

PARTE III

¿La última foto?	75
Más recuerdos... ..	77

PARTE IV

Recordando	80
------------------	----

¿Quién fue Orlando Yorio?

Orlando Virgilio Yorio nació en Santos Lugares, Provincia de Buenos Aires, el 20 de diciembre de 1932. Comenzó estudios de derecho en la UBA. Ingresó en 1955 en la compañía de Jesús. Fue profesor de teología y filosofía.

Durante sus estudios conoció al sacerdote Franz Jalics, con quien trabajó desde el año 1974 en los barrios marginales de Bajo Flores en Buenos Aires. Su superior provincial fue Mario Bergoglio quien actualmente es conocido como el papa Francisco. Fue un sacerdote de la orden Jesuita, teólogo y doctor en derecho eclesiástico. Conocido por ser secuestrado y torturado en la última dictadura cívico-militar.

Mientras realizaban obra social en los barrios pobres de Argentina durante la década del '70, Francisco Jalics y Orlando Yorio fueron capturados, secuestrados y mantenidos cautivos ilegalmente durante cinco meses por parte de uno de los denominados escuadrones de la muerte, los cuales fueron creados y dirigidos por la última dictadura cívico-militar-eclesial (1976-1983). El Padre General Pedro Arrupe en Roma fue informado por carta del secuestro.

Tanto Francisco Jalics como Orlando Yorio fueron expulsados de la Compañía de Jesús, pero más tarde tuvieron que reincorporar a Francisco Jalics dado que tenía la cuarta probación en la orden, pero no así Orlando Yorio. (los jesuitas además de los tres votos de los religiosos -pobreza, castidad y obediencia- tienen un cuarto voto, que es de obediencia al Pontífice).

En Uruguay estuvo en la parroquia de Santa Bernardita, en el barrio Malvín, entre 1998 y 2000. Dejó una enorme huella en la comunidad. A pesar del corto tiempo, pudo misionar en el asentamiento que había en la calle Candelaria y Av. Italia.

Falleció en Montevideo, Uruguay 9 de agosto de 2000.

*Relatos de distintas Experiencias con
Orlando Yorio durante su pasaje por Montevideo,
barrio de Malvín, en la parroquia de Santa Bernardita,
entre los años 1998 y 2000.*

Introducción

Año 2021. Montevideo, Uruguay.

El confinamiento a causa de la pandemia del Covid19, ha sido un tiempo muy difícil, la pérdida del contacto físico con los seres queridos, y la falta de comodidades para estar todo el tiempo en mi pequeña y pobre casa. Por eso tomo como un regalo de Orlando el escribir estas experiencias que vivimos entre 1998 y 2000.

Hay personas que pasan por nuestras vidas, y dejan una huella imborrable, hacen que recordar experiencias, sea revivirlas, y a veinte años de la pascua de Orlando, están tan vivas en mi memoria que parece que fue ayer.

Siempre supe que su presencia y su espíritu me acompañan y ahora tengo la certeza, por todo este movimiento, por lo que empezó a pasar. Sí, porque para él el cambio de la realidad era algo natural, no le costaba esfuerzo, iba de lo chiquito a lo gigante.

Agradezco muchísimo a Silvia y Eduardo, de Viedma, Argentina, quienes conocí pues son los administradores del grupo por la Memoria de Orlando en facebook, ellos me invitaron y me animaron a escribir estas experiencias vividas con Orlando, en su breve pero intenso pasaje por Montevideo.

Prólogo

Agradezco a Madilene por invitarme a decir unas palabras previas en su libro “Relatos de Experiencias con Orlando Yorio en su pasaje por Montevideo (entre 1998-2000)”. Entiendo que compartir con ella un tramo de nuestra vida con Orlando no implica nostalgia del pasado, sino recuperar el significado original del término “recordar”, que es “pasar de nuevo por el corazón”. Pues el encuentro con el sacerdote Orlando Yorio tuvo un fuerte impacto que marcó su vida, y lo expresa en un testimonio tan profundo y cálido de esos momentos cruciales para su fe y su experiencia de entrega a los más pobres. ¡Qué bueno es descubrir que la vida en comunión con Jesús adquiere su plena realización y sentido, no en el dolor y la muerte, sino en la Pascua de Resurrección! De mi parte, puedo agregar que, siendo pastor de la Iglesia Metodista de Malvín desde 1998 (desde el año 2004 se la llama “Iglesia Metodista del Camino”). En ese tiempo tuve el privilegio de conocer y compartir con Orlando un ministerio pastoral muy rico que jamás olvidaré. De esa experiencia, quiero destacar tres aspectos que dan la pauta del calibre espiritual de Orlando y su peculiar enfoque de la tarea pastoral.

1) Los encuentros entre la Comunidad de la Parroquia Santa Bernardita y la Iglesia Metodista de Malvín fueron experiencias muy motivadoras de crecimiento y de profundización de la fe. A través de la Celebración de la Palabra, la reflexión bíblica en fechas especiales y la Comunión fraterna, fuimos descubriendo juntos cuántos elementos propios de nuestra fe cristiana nos unen y forman parte de la espiritualidad que

confesamos. Porque en esos encuentros sentíamos que el Espíritu Santo estaba allí presente en el corazón y el sentir de cada creyente. Y Orlando tuvo la sensibilidad para captar y estimular ese sentimiento en una práctica vivencial profundamente ecuménica.

2) La Eucaristía celebrada en la Parroquia Santa Bernardita, con la participación de las dos congregaciones fue, desde mi punto de vista, memorable, excepcional. Cuando la comisión mixta preparaba la liturgia, yo pregunté: “¿con el pan y el vino para todos?”. Orlando contestó: “Sí, por qué no?” “¿Y qué dirá el Obispo?”- “Lo que importa es el sentir de nuestras comunidades”. Y así se hizo. Todos compartimos el pan y el vino en la Santa Cena. Esta actitud tan ecuménica de Orlando me produjo gran admiración y lo valoro hasta hoy. Fueron superadas antiguas controversias dogmáticas sobre el tema.

3) El servicio a los pobres, entendido no como limosna, sino como gesto solidario, de compartir, de defender la vida y la dignidad de las personas. Lo que Madilene llama “Misión Candelaria” (por la calle), nosotros la llamamos “Arroyito” (en alusión al Arroyo Malvín que atraviesa el rancharío). Pero el servicio que prestamos, motivados por la fe y el amor, era el mismo. La gente que vivía en el “cante” era la misma. Lo que relata Madilene era el aporte de la Comunidad de Santa Bernardita, a impulso de Orlando. Tanto lo que se refiere a los actos litúrgicos como, sacramentos, educación cristiana y aporte en víveres, siempre contó con el apoyo de Orlando.

De nuestra parte, durante varios años acompañamos a varias familias del lugar, a nivel pastoral y comunitario, organizando un “merendero” para los niños, con la participación de las madres, junto con integrantes de la Comunidad; educación cristiana y juegos para los niños; lectura bíblica, reflexión y diálogo, con las madres. También acompañamos

a las familias en las gestiones para lograr una vivienda digna, lo que llevó varios años. Finalmente, a través de la Intendencia Municipal de Montevideo, se logró transformar el predio en un parque, y las familias fueron realojadas en un conjunto de viviendas edificadas cerca del lugar.

Fraternalmente, les saluda,
Pastor Ademar Olivera.
Montevideo, setiembre de 2021.

Agradezco de todo corazón la disponibilidad y las palabras del Pastor Ademar.

Sin lugar a dudas, hablar de Orlando Yorio es hablar de un ser humano excepcional, un elegido por Dios para dejar esas huellas en nosotros, por haber vivido coherentemente el Evangelio, y para él el centro era la encarnación, ese niño que se gesta en la pancita de María y nace en un establo. Jesús pobre. De una mamá pobre, un papá pobre y en un lugar pobre. Nace, vive y muere pobre.

Orlando se centraba en la encarnación de ese Jesús pobre que vino a traer esperanza a su pueblo. Y a la vez hacer visible la pobreza. Denunciarla con su propia vida con ellos. Su opción fue con los pobres, no por los pobres. No detrás de un escritorio, sino en el día a día de familias que necesitaban toda clase de apoyo para sobrevivir. Y lo hizo con amor y haciendo presente el Reino de Dios, con mucha humildad, que le era natural.

Doy gracias a Dios por haber andado un tramo del camino con Orlando. Aprendí mucho sobre el amor el perdón y la humildad. Fue un tramo pequeño cronológicamente hablando, pero eterno en mi corazón, pues su huella quedó para siempre en mí.

También me mostró la dignidad de ser pobre. Fue liberador.

Cuando partió supe que había conocido a un santo casi sin darme cuenta y también un mártir, el cual merece nuestro reconocimiento y mantener viva su memoria.

Hubiese querido que el tramo fuera más largo, pero Dios quiso que esa fuera su hora. Y así como él me enseñó, lo acepto.

Aquí también transcribo algunos testimonios de integrantes de la comunidad de Santa Bernardita en ese momento que quisieron contar sus experiencias con Orlando.

En el verano de 1998, tuve la dicha de conocerlo.

Mi nombre es Madilene da Costa Rodrigues, brasileña de nacimiento y uruguaya por opción, casada con Juan José Guido Maccagno y tenemos 3 hijos, Gabriel, Juan Gonzalo y María Laura, en ese orden de mayor a menor, y actualmente un nieto de 5 añitos, Valentín.

En 1996 mis suegros nos dieron un ranchito de madera y lata en pleno barrio Malvín, para librarnos de pagar alquiler. Para los que conocen Montevideo saben que es un barrio de gente de poder adquisitivo medio y alto. Siempre les decía a mis niños, nosotros caímos aquí en paracaídas. Porque sentía que no pertenecía a este lugar, pero de a poco y trabajando día y noche fuimos tirando las chapas y levantando paredes a pulmón, hasta poder dejarla habitable, todo lo hicimos viviendo en la obra.

Cierto día nuestro hijo Gabriel dijo que iría a la parroquia del barrio, Santa Bernardita, a anotarse en catequesis con el nene de la vecina. Así que fui a mirar dónde se iba a meter y conocí la comunidad y nos integramos con Juan.

Por cierto, era una parroquia muy especial ya que en esa época no tenía párroco, sino que 3 mujeres llevaban adelante la comunidad. Esa experiencia me atrajo, pues siempre me gustaron los desafíos.

Pero lo mejor estaba por venir. Aunque ni sospechaba de que Dios me tenía preparado la experiencia que cambiaría mi vida de fe para siempre. Febrero de 1998, después del mes de vacaciones vuelvo a la comunidad para ir viendo cuales eran los planes para el año. Empecé a escuchar a una compañera (Aída) que le decía a la gente que le manifestaba algún problema o dificultad, -espera a que venga Orlando, el cura que va a empezar a venir, espera que venga Orlando, es una maravilla seguro te va a ayudar- y así hablaba con todas las personas que se le acercaban, me arrimé y le pregunté, qué era eso de un cura que vendría ...

Me dijo - ¡ah! espera y verás. Orlando se llama y va a acompañarnos este año -.

La verdad es que no pensé nada, tal vez estuviese exagerando, era una persona mayor y muy sola.

Fui testigo después de que tuvieron una amistad muy linda que causaba envidia a algunos en la comunidad. Y compartían el gusto por el tango, además.

Finalmente voy a la parroquia para la misa de 11 ese domingo de febrero, y allí estaba, en el despacho, con sandalias, pantalón beige, camisa clarita, un bolsito al hombro y en la mano un gorro claro de tela. Ningún distintivo de que fuera sacerdote, me di cuenta porque sabía que vendría. Su imagen era de un señor, humilde, con una mirada de buena gente.

Recuerdo esa misa porque me tocó guiar la liturgia, y cuando vi que bajaba a predicar entre la gente, me llamó la atención pues nunca había visto ese gesto, tan lindo de horizontalidad. También muy disfrutable pues lo acompañaba una religiosa, que se llama Leonor, tocaba el teclado y cantaba hermosamente. Todo empezaba a cambiar.

No recuerdo cuál fue el primer cuentito, pero sí que cada domingo iba entusiasmada para escuchar “el cuentito” de Orlando, pues esa era su homilía, un cuentito de su vida y la iluminación desde el Evangelio. Pero todo sucedía de una forma muy natural, desde el corazón de él, por eso me llegaba hasta el alma. Y su reflexión me acompañaba toda la semana, cuando antes tal vez no me acordaba en la semana del Evangelio del domingo, pero unido al cuento se encarnaba, y permanecía en mí. Me ayudaba mucho porque eran tiempos muy difíciles y de mucha necesidad económica, apenas comíamos, vivíamos con el poco dinero que entraba de un tallercito de costuras y 3 niños chicos.

Pero entonces, Dios nos miró con bondad, y pasaría algo muy bueno, y es que Orlando se acercó a nosotros y empezamos una amistad. Dios nos lo regaló y el cariño fue mutuo...

Nuestra pobreza, y nuestra familia luchando dignamente creo que él lo vió con una mirada distinta, y fue empezando así despacito como era él. Venía a nuestra casa a comer pasta, se traía un vinito y la pasábamos muy bien, se sentía cómodo y nos divertíamos juntos, también porque tanto Juan como Orlando tenían mucho sentido del humor.

Otras veces nos contaba de su secuestro y tortura, con la finalidad de darnos un mensaje, nunca como una amargura o rencor, o contaba con alegría y añoranza algo de su mamá, de su infancia, en fin, de su familia.

Muchas de las experiencias relatadas aquí, surgen de esos encuentros.

PARTE I

Él vio más allá ...

Orlando era de esas personas con mucha sabiduría y humildad profunda, solamente participaba en aquello para lo cual era convocado. Jamás imponía su pensamiento o su voluntad, y así era su participación en la vida de la comunidad de santa Bernardita, que como dije anteriormente, era una comunidad especial, diferente. Tenía una fuerte actividad social con un almacén comunitario bastante original para la época, que relataré más adelante.

Los demás servicios parroquiales eran los requeridos para funcionar, además era una comunidad pequeña como la mayoría en Montevideo. Yo integraba el grupo de liturgia, y guiaba algunas misas, lo cual me daba cierta visibilidad, y me hacía sentir importante, ya que por ser muy pobre tenía algunos traumas a ese respecto.

Cierto día al terminar la misa, en dónde me quedaba para cerrar y eso, Orlando me invitó a entrar al despacho que quería hablarme de algo. Nos sentamos frente a frente, él me miró y me dijo: -¿te gustaría llevar la comunión a los enfermos de la comunidad?-.

Quedé muy sorprendida en un primero momento, ni se me había pasado por la cabeza algo así.

Desde hacía muchos años había un señor, muy querido y respetado por la comunidad, llamado José María, quien llevaba la comunión a los enfermos. Era oficialmente el Ministro Extraordinario de la Eucaristía de santa Bernardita.

Le contesté: -te parece? Mira que está José María con ese servicio, capaz que se moleste y además no sé cómo se hace- argumenté. Inmediatamente me contestó: -De él no te preocupes porque yo le hablo y todo va a estar bien, y en cuanto a cómo hacerlo, solo necesitas mucho amor y algo de tiempo-.

Bueno, frente a esas afirmaciones, acepté muy contenta esa responsabilidad y que Dios me ayudara. Pero Orlando me transmitía seguridad, porque él era seguro en sus propuestas.

Entonces algunos días más tarde me mostró la Eucaristía, y me dijo cómo hacer, leer el Evangelio, en fin. Allá fui, José María me había dado algunas direcciones para empezar. Y así empecé, como me indicó y después me dejé guiar por el Espíritu y entonces oraba con ellos, cantaba algo y más que nada los escuchaba tomada de sus manos. Era muy hermoso, me llenaba la vida de ternura de Dios. Todo iba muy bien. Había trascurrido un par de meses, no más, y José María enfermó. Había sido carpintero y enfermó de sus pulmones, con lo cual pasé a llevar a Jesús a todos los enfermos de la comunidad y dividí la tarea con Rosario (una compañera de la comunidad, hoy fallecida), quien más tarde sería parte de la experiencia en la villa (asentamiento en Uruguay equivale a villa miseria en Argentina) de Candelaria.

Pero lo más sorprendente fue que al poco tiempo de enfermar José María, se puso grave, y una tarde su esposa me llamo que le llevara la Eucaristía. Mientras iba a su casa pensaba que le estaba llevando la Eucaristía al maestro, y que si no habría alguien más importante que yo para llevarle. Me sentía como quien va a rendir un examen.

Pero Dios lo llamaría a su presencia esa misma noche, y él alcanzó a decirme que estaba feliz de haberme dejado el servicio.

Orlando vio más allá, ese día supe que era alguien muy especial y que veía más allá.

Hice ese servicio hasta la partida de Orlando. Nunca olvidaré esas personas que conocí en ese momento. Experiencias únicas de encuentro. Mucho tiempo después y sin querer, supe que algunas reglas institucionales no se habían cumplido, por ejemplo, si no me daba el tiempo de ir a todas las casas, y tenía que volver al día siguiente, me autorizó a llevar

a Jesús a mí casa, y le dije que lo guardaba en el ropero entre las sábanas que era el lugar más limpio, acogedor y perfumadito, para tener a Jesús, pero él priorizaba el amor y la disponibilidad. Y se sonrió con mirada cómplice. Y de llapa me dio un lugar importante en la comunidad. Agradezco a Juan, mi compañero de vida, porque se quedaba con los tres chiquilines y preparaba la comida para cuando llegaba.

La experiencia con los pobres, Misión Candelaria

Ese era el nombre del asentamiento (villa miseria), en donde tuve las experiencias más fuertes de mi vida, si no la más fuerte, porque fue como caminar con el mismo Jesús en el barro, por callejones, y entre ranchitos de cartones y latas, muchos niños y muchas madres y abuelas. Escaseaban los varones, por allí, el matriarcado era quien llevaba adelante la vida del barrio. La lucha por sobrevivir cada día, en un lugar que, si cruzabas la avenida Italia, estabas entre los bacanes.

Avenida Italia corta Montevideo en norte, los pobres y sur los de buena vida, al menos en apariencia.

Eso que parece tan simple, como que una calle divide una sociedad, sí. Es así. Y no es nada simple, en especial para quienes viven al norte, son discriminados a diario, y convenientemente invisibles.

La parroquia de Santa Bernardita tenía una pastoral social fuerte, muy activa y novedosa, habían creado un almacén comunitario, cooperativo. Funcionaba así: la parroquia compraba los alimentos y las personas (casi todas del asentamiento) compraban los alimentos con un valor menor al costo y aportaban a esa cooperativa.

Ellas mismas gestionaban el dinero que entraba y se organizaban para la compra y el reparto. Eso les daba importancia y dignidad.

Había un precioso equipo de pastoral social y al final de la jornada hacían una reflexión sobre alguna lectura bíblica. Eso era todo. Una vez por semana.

Cierto día lo invitaron a Orlando a visitar una parroquia de la Renovación Carismática, que estaba relativamente cerca. Él tenía la capacidad

de estar abierto a participar, siempre dispuesto a conocer a lo que lo invitaban. Pero Dios tenía planes para nosotros al pasar por esa calle. Fue así como los acompañé a Orlando y Leonor, haciendo de guía para ir caminando. Allí fuimos un jueves, y para cortar camino tomamos la calle Candelaria hasta el arroyo Malvín, obviamente que a Orlando no le pasó desapercibido que allí había una villa, mientras caminábamos él observaba todo atentamente y no decía nada. Se veían los ranchitos precarios, los niños jugando en el barro y el agua podrida, porque de ese lado de av. Italia no había saneamiento.

Asistimos a esa misa, y a la vuelta por el mismo camino. Orlando venía como si fuera un chiquilín. Contento. Conversador.

Con mucho respeto comentaba sobre los carismáticos como se tiraban al piso y cantaban... recuerdo que caminaba animado casi delante de nosotras, pero al pasar por Candelaria, me hizo algunas preguntas, como, si esas personas eran las del almacén comunitario, si iban a la parroquia, o los niños a catequesis, etc.

Al almacén sí iban, dije, a todo lo demás respondí que no sabía si iban, y que nunca me había fijado en eso.

Cuando llegó el domingo de esa misma semana, al terminar la misa, como siempre me quedaba a ayudar él me llamó al despacho.

Nos sentamos, y él me dijo: -qué te parece esas personas de Candelaria? Los niños que no vienen a catequesis...- De esa conversación fundante lo que más recuerdo es su mirada. Sus ojos tenían un brillo especial. De alguien que está sintiendo un gran gozo. Me miraba fijo. Yo no tenía respuesta. Silencio. Entonces me dijo: te gustaría acercarte a ellos y ver si quieren conocernos, los niños...

-Sí- le contesté -¿pero cómo? No tengo idea-.

Entonces me propuso algo muy sencillo, de que fuera con alguien más, que me acercara y tanteara la receptividad, en fin. Acepté ir el sábado de tarde.

Invité a Rosario con quien ya compartía la comunión a los enfermos, además ella era profesora de música y catequista.

El sábado un momento antes de las 15 horas estábamos en la parroquia. Orlando nos esperaba, con gran expectativa, pero él no iría con nosotras en esa ocasión, nos había esperado para orar.

Entramos y nos dirigimos los 3 hacia el altar y allí frente al santísimo Orlando puso sus manos en nuestras cabezas, y nos encomendó al Padre, a Jesús y al Espíritu Santo, que nos protegiera de todo mal y fuera delante de nosotras mostrándonos dónde entrar, o con quién hablar. Ese momento fue inolvidable, estoy escribiendo y aún siento la fuerza de esa oración. Oró diciendo también que no temiéramos, como Pablo en el relato de Hechos 28, que la serpiente lo mordió en la mano y no le pasó absolutamente nada... Porque era un hombre de Dios. Hasta el final de esa misión nos acompañó esa oración y el pedido de que Jesús fuera delante de nosotras y se cumplió.

Allá fuimos las dos, ni hablábamos en el camino porque era mucha la incógnita de qué pasaría.

Pero Jesús ya había preparado el camino, pues apenas entramos en la villa una cuadra por la calle Candelaria, cuando vimos unos niños que venían a nuestro encuentro. Eran tres, de unos 8 o 9 años, y con una sonrisa inocente nos dijeron: -¿ustedes son las monjitas de la iglesia? Nooooo, respondimos, no somos monjas, pero sí somos de la iglesia, y señalamos con la mano la parroquia, (nos habían reconocido pues iban al almacén de la parroquia con sus mamás). A pesar de que nunca los vimos, ellos sí nos habían visto.

Les dijimos que veníamos a visitarlos, a conocerlos... y no fue necesario decir más nada pues ellos nos llevaron por un callejón directo a donde vivían. Las casitas estaban pegadas unas a otras, muy pobres, aunque para mí no era una sorpresa, ya que conocía esa pobreza de chica, mi compañera no, me miraba con los ojos grandes y trataba de disimular.

Entramos a una de esas casitas y una muchacha joven, nos hizo pasar y los niños iban diciendo a qué veníamos. La cuestión fue que fueron a llamar a otras, porque ya muchos sabían de nuestra presencia, aunque no habíamos visto a nadie.

Nos invitaron con un matecito muy chico hecho en un tarrito, y aceptamos. Sentadas en rueda en banquitos, latas de pintura o cajones de verduras, conversamos muy animadas casi sin darnos cuenta como dos horas.

Ellas plantearon que les gustaría que les habláramos de Jesús y a los niños también. Así que combinamos que el sábado siguiente iríamos a las 3 de la tarde y que en una casita reuniríamos los niños y en esta otra las madres y abuelas.

Salimos de aquel lugar nuevamente sin hablar, de esta vez por la emoción que sentíamos con lo que había ocurrido y con lo que se vendría. Había sido una experiencia de encuentro con Jesús pobre como nunca lo había vivido. Fuimos para la parroquia para contarle a Orlando que sabíamos nos estaría esperando (más de 2 horas).

Lo encontramos afuera en el porche de la iglesia, sentado mirando hacia la villa. Nos vio venir y se paró para recibirnos, trajo dos sillas y los 3 nos sentamos. Yo recuerdo cada detalle de ese día. Orlando tenía una mirada entre curioso y de quién ya sabía lo que había pasado. Esa tranquilidad, esa paz y el cariño que lo caracterizaban.

Cuando le relatamos lo ocurrido, él escuchaba atentamente, y después dijo con un tono feliz: -bueno entonces vamos a preparar unos cuader-nitos, unos colores y algo de material y vuelven el próximo sábado.

Esa noche recuerdo que no podía dormir porque veía cada rostro en mi mente.

No había nada estructurado, era lo que Jesús iría mostrando. Una aventura.

El siguiente sábado, él había preparado el material, oramos con él nuevamente y allá fuimos muy entusiasmadas. Los niños nos recibieron,

como anteriormente e hicimos las dos reuniones. Rosario con los niños y yo con los adultos.

Las chapas de los techos de las dos casitas casi se tocaban, el pasillo medía algo más de un metro, suelo de barro pisado, con olor a pobreza y sufrimiento.

Ya, al entrar se sentía la fuerza de Jesús crucificado en ellos, en aquel lugar. Traspasaba nuestros corazones. Sus sonrisas en la mayoría desdentadas revelaban una vida de lucha incansable por sobrevivir. Y querían conocer a Jesús, y Jesús quiso darse a conocer y conocerlos. En rueda organizamos las preguntas y así empecé a hablarles de los temas que les interesaba. Recuerdo que muchos se repetían, sobre la institución, el hecho de ir a la iglesia o no, creer o no en los curas, el bautismo para que no se enfermen los niños ...

Durante un tiempo fue así, y lo poníamos en común con Orlando y él nos iluminaba con su sabiduría y experiencia con los pobres. Y su cercanía con Jesús.

Yo me preguntaba, cuándo iría él, pero no le decía nada. Orlando sabía el momento. Y ese sábado dos chicas adolescentes me hablaron en privado y me pidieron si el cura podía venir a ver a su mamá porque el padre era agresivo y ellas querían que lo dejara y ella no lo hacía.

Ese era el momento que Orlando esperaba, cuando le dije, en seguida dijo que iría con nosotras. Entendí también, aunque no me dijo, que iría siempre que le pidieran para algo.

Ese sábado fue hermoso, fuimos los tres y los niños vinieron corriendo y lo tomaban de las manos. Orlando marchaba con ese pasito característico y su bolsito. Fue muy bien recibido, porque las personas captaban que él era especial y así lo vieron mientras fue allí. Nunca como un cura, con esa imagen acartonada que impone distancia, sino como un vecino del barrio igual a todos nosotros. Éramos un equipo.

Ese primer día él demoró adentro hablando con esa mamá y sus hijas conmigo esperando a ver qué pasaría, pero Orlando salió del ranchito

muy tranquilo y ellas le preguntaron si lo dejaría al compañero violento, él respondió que en el momento no lo dejaría, ellas no entendían y estaban enojadas, entonces él les, dijo: -miren, hay un misterio de pareja y un cariño que los une que ustedes no lo pueden comprender, pero deben apoyarlos y darles un voto de confianza y verán que todo va a estar bien-. Y así de simple se resolvió la situación.

Pero ese día marcó el inicio de algo maravilloso, la ida de Orlando a Candelaria fue luz en el caminar de todos nosotros. Lo que no nos imaginábamos es que sería tan corto el tiempo.

Recuerdo un día que llegamos a la calle Candelaria y no había un alma, ni los niños de siempre. Un silencio aterrador. No entendíamos lo que pasaba, pero cuando fuimos a entrar por el callejón, un hombre arriba del techo de chapa nos dijo: -Hoy por ahí no. No entren, busquen otra entrada-. Nos fuimos rapidito, pues comprendimos que algo pasaba. Aunque no veíamos ni escuchábamos nada. Era silencio total.

Hicimos las dos reuniones y nadie hablaba nada ni nosotras preguntamos. Terminamos y nos fuimos.

Cuando llegué a mi casa, Juan, (mi compañero), estaba muy nervioso en el portón y me dice: -hubo un tiroteo y hay un muerto en el callejón por dónde ustedes entran a Candelaria-.

-No vi ni pasó nada- contesté.

Lo había visto en la televisión.

Recordé la oración de Orlando y el relato de la serpiente que mordió a Pablo y ese Dios que nos protegía, ese ángel que nos avisó para no entrar al callejón. ¿cómo olvidarlo?



Rosario

Y hubo bautismos

Conforme pasaba el tiempo y la catequesis avanzaba, las madres y abuelas iban conociendo más íntimamente a Jesús y reconocían su gracia, que empezaron a querer bautizar a sus chiquitos y no tan chiquitos también.

Así que comenzamos las conversaciones al respecto con Orlando y recuerdo ese día porque en mi inexperiencia no podía entender por qué no cruzaban Av. Italia y los bautizaban en la parroquia, y le hice la pregunta mientras íbamos saliendo de Santa Bernardita los tres. Orlando entre paró, me miró y dijo: -Ellos sienten que no pertenecen al mundo de este otro lado, que no tienen ropa ni zapatos adecuados para estar en la parroquia, y que sólo vienen aquí porque están acostumbrados a que los ayuden con los comestibles, pero no se sienten parte. Hay que darles una dignidad y que la reconozcan-.

Lo entendí inmediatamente, porque había vivido en carne propia la discriminación por ser pobre. Por tomar mi primera comunión con un vestido de crochet que me hizo mi madrina, mientras mis compañeritas llevaban hermosos vestidos blancos bordados y engominados.

Seguimos caminando y antes que le hiciera la siguiente pregunta, él me dio la respuesta:

-Vamos a bautizarlos en Candelaria-.

Y entonces fue muy hermoso lo que vivimos. Hubo una muy sentida y profunda preparación para el encuentro. Todos estaban expectantes e interesados. Además, Orlando nos acompañaba seguido, con lo cual era imperdible todo lo que allí en aquellos ranchitos se decía; el amor con el que les hablaba desde el corazón y eso se sentía, se experimentaba y en ese momento ya era una sola reunión los niños sentados en el

piso en semi círculo y los adultos en sus banquitos y cajoncitos sentados atrás y nosotras también porque no queríamos perdernos nada.

Y llegó el día previsto.

Nos encontramos en la puerta de la parroquia como siempre. Orlando con su bolsito y su gorro nos esperaba con una sonrisa muy grande, estaba feliz.

Fuimos caminando los tres para Candelaria, y ese día también, al igual que el primer día, los niños corrieron a recibirnos, esta vez con un abrazo gigante nos envolvieron. Recuerdo el perfumito que tenían, recién bañaditos, peinaditos y con sus mejores ropitas, nos acompañaron hasta una especie de patio que había en el centro del asentamiento. Cuando vimos como lo habían decorado, nos tomó una gran emoción, porque era una fiesta, y todo lo habían hecho ellos con mucho amor, banderitas coloridas atadas con piolines, globos, y una mesa improvisada en el medio con una gran torta blanca de merengue hecha por las abuelas y muchos vasitos de plásticos coloridos para el jugo.

Apartado de la mesa, habían armado con cajones y una sábana blanca una especie de altar, con una palangana arriba, una jarra con agua y una toallita.

Entonces Orlando caminó hacia ese altar de los pobres, hermosamente armado y con tanto amor que te invadía el corazón, abrió su bolsito, sacó los oleos y los colocó allí bajo la atenta mirada de los niños en especial, se puso una estola muy colorida hecha de telar creo, era tejida, muy bonita.

Silencio total, todo estaba listo. Orlando nos habló del Papá/Mamá Dios, del amor de ese padre/madre por cada uno de nosotros y que a él le gustaba escuchar sus nombres (de los que se bautizaban) y escribirlos en un gran libro, llamado el libro de la vida y allí quedarían juntitos a Él para siempre. No recuerdo mucho más que eso. Sí recuerdo que lloramos, porque fue un momento de encuentro muy fuerte. Se sentía el Espíritu de Dios sobre nosotros.

Explicó lo que sucedería en el momento del bautismo y para nuestra sorpresa todos tenían padrinos/madrinas, del mismo grupo, que se acercaron con su vela al lado del niño.

Después de la ceremonia, comimos y bebimos y a Orlando un vinito, hubo chistes, muchas sonrisas, todo descontraído y en una gran familia. La despedida no fue menos emotiva. Había sido un gran acontecimiento. El mismo Jesús había entrado en el asentamiento y en sus corazones para siempre, y se sentían dignos de ser hijos de ese Papá/Mamá del cielo.

Fuimos para la parroquia los tres para la misa. Mi corazón se había ensanchado un poquito más ese día. Sentía un gran gozo y una cercanía de Dios increíble. Orlando predicaba, y nos cruzábamos unas miradas cómplices, los tres. Esa Eucaristía fue muy especial.

Lamento mucho que en aquel momento no tenía posibilidades de andar sacando fotos, y no me daba cuenta de que estábamos haciendo historia de salvación encarnada con los pobres, y que aquella misión duraría tan poco. No me quedó un registro, fuera de mi memoria, que ni yo sabía que estaba tan viva, aun hoy.

Y hubo dificultades

También recuerdo que hubo un problema, que lo cause yo sin quererlo. Después de esos eventos tan hermosos para mí, estando en la facultad de teología le comenté a una colega de curso lo sucedido. Esa colega era de la comunidad de catedral y le dijo al obispo de aquel momento, el cual mandó llamar a Orlando inmediatamente.

Fue la única vez que vi a Orlando enojado y que me habló con una firmeza increíble, me reprochó el haber hablado demás, pero también es cierto que su enojo no era tanto conmigo, sino con la situación injusta de que, lo que hacíamos en el asentamiento molestaba a la jerarquía de la institución, y lo hacía revivir situaciones anteriores. Pero con su coherencia de vida y evangelio, fuimos a la vicaría y Orlando tuvo una charla con el obispo. Lo que nunca se sabría es si continuaría celebrando sacramentos en Candelaria, porque partió muy pronto.

Este hecho nos viene a reafirmar que, si nuestra opción es con los pobres vivir el Evangelio, molestamos a los que distan de esta realidad y predicán desde un escritorio con alfombras y aire acondicionado, etc., etc. ...

Y también, boda ...

La vida en el asentamiento Candelaria ya no sería la misma. La celebración de los bautismos había sido algo muy importante para todos. Ya no nos veían como las monjitas, sino como una más de ellos, y hablábamos francamente, cosa que nos ayudaba a agudizar el oído para una buena escucha. Todo eso que oíamos lo llevábamos a la Eucaristía. En mi casa en las noches, antes de dormir recordaba cada rostro, sus sonrisas o sus lágrimas, y todo se lo entregaba a Jesús.

Recuerdo el día en que íbamos con Rosario, y al llegar tuvimos una sorpresa muy linda.

El grupo de madres nos presenta una pareja, Mario y Ana. Era el primer varón que se acercaba, o lo acercaban, entonces se presentan, vivían allí también y a pesar de no haberlos visto, ella iba al almacén comunitario de la parroquia, y sabía de los bautismos. Es que todo se sabía. Y cuando nos dicen, que en realidad querían casarse, pero ellos sí se animaban a cruzar Av. Italia y casarse en la parroquia. Querían hablar con Orlando.

Era un hecho muy inusual, pero hermoso, que se quisieran casar porque reconocían la gracia del sacramento, el valor para hacerlo en la parroquia, algo que nos puede parecer natural, no lo era para ellos. Entonces percibimos el proceso de fe que estaban haciendo.

Al terminar la misa, nos quedamos para decirle a Orlando. Todavía busco las palabras para describir su alegría. Y lo único que dijo fue: -Dios va haciendo su obra, despacito-... o algo así. No se necesitaba otro comentario. En seguida se dispuso a conversar con la pareja, cosa que se hizo, allá en su casita, del asentamiento. Era una pareja de años, con hijos, pero les había venido las ganas de casarse en la iglesia. Estaban decididos.

Las charlas prematrimoniales fueron adaptadas según el Espíritu inspiraba a la realidad de ellos, siempre que habláramos sobre la alianza, la fidelidad, el amor tolerante, la justicia, etc.

Pero ellos eran maestros en todo eso. Lo importante era que ellos se sentían dignos de entrar a la parroquia y casarse allí frente a la comunidad, y eso era el fruto de que Orlando les acercó la iglesia y les devolvió el valor de hijos, pobres preferidos de Dios. La iglesia había cruzado Av. Italia con sus zapatos pobres y sus brazos de madre. Ese era el camino que quería Dios y ellos se estaban animando. Y nosotros también.

La misión de Candelaria no tenía una gran divulgación en la comunidad, ni siquiera sabía bien el porqué.

Pero con este hecho, sí. La boda se supo en el almacén comunitario, ya que la novia invitó a una de las compañeras para que fuese su madrina. Y así se organizó una sorpresa para ese día, en que ellos pensaban solo en la ceremonia, pero las compañeras de comunidad pensaron en el ágape.

Santa Bernardita tiene un fondo muy hermoso, verde y un salón comunitario muy lindo, así que todo se preparó allí para la fiesta.

Llegado el día de la boda, era de mucha emoción, también porque no se celebraban muchas bodas allí, pero esta era muy especial por todo el proceso y de dónde venían, los que los habíamos acompañado sabíamos lo grande que era aquél paso, de ellos como familia y en la comunidad de la parroquia y no en Candelaria.

Todo fue dispuesto para la celebración, llegaron los novios con sus hijos, vestidos muy dignamente como para una boda, pobre, pero se respiraba el amor y el sacrificio para llegar a aquel momento.

Pocas personas, nosotros, y las compañeras del almacén que a su vez eran de Candelaria. Entonces Orlando los hizo subir hasta donde estaba él, al lado del altar y los ubicó mirando hacia la comunidad en una especie de semicírculo. No puedo recordar las palabras de

Orlando hacia ellos, sí recuerdo a Leonor tocando el teclado, y que llorábamos con Rosario de alegría y gozo. Era muy hermoso verlos allí, invitando oficialmente a Dios a participar de sus vidas. Cada día más experimentábamos el Amor preferencial de Jesús por los pobres y a Orlando que lo hacía posible.

Terminada la ceremonia se retiran los recién casados y nosotros detrás, al llegar a la puerta de salida, reciben los abrazos y saludos y cuando ya se van a retirar, les decimos que primero vengan al jardín del fondo. Al llegar al salón comunitario se encontraron con la fiesta de boda. Una hermosa torta y todo lo que debe haber en una fiesta de ese tipo, todo organizado por sus compañeras del almacén comunitario y la parroquia. Fue increíble, inolvidable. Disfrutamos muchísimo todos. Orlando con su humildad, trataba de conversar con todos un poquito, y no ser el centro de las atenciones. Estaba muy feliz y eso no lo ocultaba. El brillo de su rostro lo mostraba. La obra de Dios se iba haciendo, despacito.



* De izquierda a derecha: Clelia, Orlando, Alejandra, Mirian, Mónica y Judith.



Testimonio

En este relato quiero hablar de esa conexión que se mantiene más allá de la muerte física, cuando hay amor entre nosotros y la persona que pasó a otro plano.

Como ya lo conté antes, en la época en que Orlando pasó por nuestras vidas, vivíamos muchos momentos de penuria económica y con 3 chiquilines chicos. Había días en los cuales no tenía nada para poner en la olla y, si conseguía una hamburguesa, fiado en el almacén hacia la comida para los 5. De lo contrario comíamos filloas, y siempre conversábamos con Orlando sobre esa situación. También es cierto que recibía ayuda de la parroquia, del almacén, pero el no tener nada de efectivo era muy complicado.

Habían pasado unos días del fallecimiento de Orlando. El dolor y la tristeza era enorme, pero la vida cotidiana tenía que seguir.

Ese día, en la mañana, estaba sentada en mi pequeña cocina. Y además de ese dolor y esa tristeza, me preocupaba la situación ya que ese era uno de esos días en los que no tenía nada para hacerles comida a nuestros hijos, y Juan andaba en alguna feria tratando de ganar algo para la hora del almuerzo para que fueran alimentados a la escuela.

Siempre que me sentía así, mal, me ponía a limpiar algo y a hablar con Dios. Entonces me puse a fregar la cocina, con mucho entusiasmo, casi con rabia, con impotencia, y en lugar de hablar con Dios empecé a hablarle a Orlando, y mientras fregaba y fregaba, (creo que en el mismo lugar porque brillaba), le decía: -¿ves, Orlando? De esto te hablaba, mira cómo estamos hoy no tengo ni un peso ni nada para cocinarle a los chiquilines ...- bla bla bla, le decía lo mismo una y otra vez. Eso duró unos minutos y entonces sonó el timbre de la puerta, fui abrir y era una compañera de Santa Bernardita, Mirian Domenecci, abrí el portón y allí parada no me decía nada.

Ella nunca había venido a mi casa, aunque vivíamos en la misma calle a dos cuadras de distancia.

De repente me dijo: -¿estás bien? ¿Todo está bien?

Entonces me di cuenta, y le dije la verdad de lo que pasaba ese día.

Mirian empezó a llorar, y me dijo: -ahora entiendo porque tenía que venir, estaba sentada rezando y pensando en Orlando, su partida y eso, y sentí que tenía que venir y sin saber el por qué vine y mira, era para traerles esto.

Y sacó del monedero 1.000\$ que en aquel momento equivalía a comprar comestibles como para una semana.

En ese momento nos dimos un abrazo muy apretado y le conté que era Orlando, el que había hecho aquello, porque yo estaba hablando con él de la situación cuando ella tocó el timbre.

Mirian estuvo de acuerdo, se fue a su casa más feliz de lo que había llegado, y yo feliz y aliviada por tener resuelto el problema de ese día y más.

Entré y me desplomé en el sillón. Mi corazón desbordaba de agradecimiento y amor a Orlando. No salía del asombro. Parecía que él estaba allí en mi sala, mirándome con aquella mirada profunda y tierna que era suya.

Allí me quedé un rato y cuando Juan volvió, sintiéndose muy mal porque no había podido resolver la situación del día, le conté y también lloraba. Llorábamos su ausencia física, pero celebrábamos que siguiera con nosotros, con los pobres, siendo solidario, haciendo el puente necesario entre la vida y el evangelio.

Este testimonio lo di varias veces para hablar del Dios providente. Y es cierto, porque todo viene de Él, pero quiero enfatizar en esa conexión con los que amamos y nos aman, y Orlando siempre estará con nosotros, dándonos esperanza en que un día estaremos juntos. Gracias, padre por mostrarle a los más humildes...

“Saludos a Jesús”

Hoy es Pascuas de Resurrección, abril de 2021 y me vino al corazón un recuerdo muy lindo y misterioso de nuestro querido Orlando. De cómo el Padre celestial ya le tenía preparado el encuentro pleno y definitivo, y le dio a conocer a una ancianita moribunda y fui testigo ese día.

Frente a nuestra casa vivía la bisabuela de la amiguita de nuestra hija Laura, la llamábamos “Tata”, nunca supe su verdadero nombre.

Su hija Elba, con quien conversaba a menudo como buenas vecinas, no iba a la iglesia, pero se decía creyente, y cómo sabía que yo sí, siempre hablábamos algo de Jesús.

Un día la abuela Tata se cayó y se fracturó la cadera, cosa que, a su edad, era fatal, más de 80 tenía seguro. Su salud se deterioró rápidamente y un día Elba me pidió si le podía traer un cura que ella deseaba hablar solo porque se sabía cercana a la muerte.

Yo, como siempre fui a decirle a Orlando, si bien eran del barrio no integraban la comunidad, pero ni necesité explicarle mucho y en seguida me dijo que sí. Obviamente que a Orlando no le importaba la burocracia, ni los protocolos, cuando el asunto era la persona, él iba directo al ser humano. A ayudar.

Así fue entonces que, al día siguiente, lo acompañé hasta la casa de la abuela Tata. Estaba acostada en su camita, pero muy lúcida, totalmente consciente, me reconoció. Saludó y le presenté a Orlando, quien se sentó al borde de su cama, y con Elba salimos del cuarto y los dejamos a solas.

Al rato Orlando abrió la puerta del cuarto y nos dijo que entráramos, así lo hicimos, al entrar percibí en el aire una paz, una sensación muy agradable. Se despidieron y acompañé a Orlando a la salida. Cuando ya estábamos en la puerta del cuarto, Tata, con una voz fuerte, lo llamó a Orlando, este paró y se dió vuelta para mirarla. Luego de una pausa y con una mirada, casi diría pícara y brillante, le dice... -Saludos a Jesús-. Orlando se rio con complicidad, y a los pocos días falleció. También se fue Tata. Y siempre recordé ese momento, pues me quedó en el corazón, grabado. ¿habría tenido la abuela Tata una revelación? ¿Una visión? ¿Un presentimiento? de que Orlando se encontraría cara a cara con Jesús y le daría sus saludos? Quedan abiertas las preguntas a cada uno, yo por fe creo que de alguna manera aquella anciana lo supo antes que Orlando.

Yo creo que Orlando vio a Jesús cara a cara. Y que Dios revela su grandeza a los más pequeños y agradezco la veces que fui testigo de esos misterios.



* Foto de la abuela Tata

Orlando, su pascua

Hace varios días que no escribo porque simplemente no logro. Quiero relatar algo, pero me viene el día de su pascua. No quiero escribir sobre eso. Cierro la computadora. Intento esa conexión con Orlando, pero nada. Vuelvo a la computadora, pero ahí está de nuevo, el relato del día de su pascua. Entonces accedo a escribirlo.

Fue uno de los días de mayor dolor en mi vida.

Dos días antes Orlando había venido a ver la casa parroquial, porque había aceptado ser el párroco de Santa Bernardita.

Era un día precioso de solcito de agosto por estas latitudes.

Miró todo, había un lindo fondo muy verde y también planeaba traer a un perrito que tenía. Todo estaba perfecto.

Al día siguiente recibí una llamada telefónica de que Orlando estaba en el centro de tratamiento intensivo de la Mutualista Española. Me senté. No daba crédito. Pregunté qué había pasado, y me dijeron que en la noche se había sentido mal, habían llamado a la emergencia, pero no pudieron reanimarlo, y lo internaron y que las próximas horas sería decisivas.

Bueno había que enfrentar el dolor con coraje. Recuerdo que del shock no podía rezar por él, y además en ningún momento creí que se iría.

Fuimos a darle apoyo a Leonor y a Delia que no se movían del sanatorio, pero había que esperar.

En la mañana del 9 de agosto, yo estaba yendo al colegio para dar mis clases, y cuando iba a cruzar la calle, suena mi celular, y lo presentí, era Juan, me dice dos palabras, Orlando falleció.

Entré al Instituto, pero no veía, no oía, no hablaba nada. Me senté en el salón vacío aún, y miraba por la ventana, estaba nublado, gris, triste. No sé cómo hice para dar aquella clase, tenía un nudo en la garganta tan denso que me dolía.

Apenas terminé, me fui para la parroquia, y allí estaba Orlando, pálido, solo se veía su rostro pues estaba cubierto con una tela de seda blanca. Había bastante gente, muchos desconocidos para mí, había una chica alemana, no recuerdo su nombre, me acerqué al cajón, estaba casi en el altar, me quedé allí mirándolo para convencerme de que se había ido, y solté el llanto que estaba atorado en mi garganta. Me senté en una silla y allí me quedé todo lo que pude. En aquel lugar que tantos momentos hermosos y profundos habíamos vivido.

Alguien se acercó y me dijo que él, la última vez que había ido a la Argentina comentó que acá era feliz. Eso me dio un cierto alivio, que había partido del lugar en dónde había sido feliz.

Con el transcurrir de las horas llegaban más y más personas. Telegramas de muchos lugares de los que no podían llegar. En ese momento me empezaba a dar cuenta de quien era Orlando.

Recuerdo que alguien se acercó y me dijo, a Orlando lo siguen más de 200.000 pobres en el mundo. Y lo único que pensé fue, teníamos un santo entre nosotros y no sabíamos. No supimos reconocer a tiempo. Una anécdota: la gente le ponía cosas, objetos o los telegramas, en el cajón, y me paré puse la mano en el bolsillo buscando algo para poner, y lo único que tenía era mi boleto del autobús, así que se lo puse escondidito, para viajar con él de alguna forma. Hasta el día de hoy no sé porque hice eso, y tampoco nunca lo conté a nadie.

Me tuve que despedir allí porque al otro día al entierro no podría ir, así que mi recuerdo final sería ese.

El dolor de la pérdida, la sensación del vacío, del sin sentido, era enorme, muy difícil de sobrellevar, muchas lágrimas de nosotros.

Igualmente intenté seguir en la comunidad, pero fue imposible, porque el sacerdote que designaron era radicalmente lo opuesto a Orlando en todo.

Así que me fui y nunca más volví.

Pero ese dolor se transformó en un profundo amor, guardado en el silencio del corazón, porque nunca más hablamos de Orlando con nadie. Pasaron 20 años y finalmente estamos hablando de él, devolviéndole la fama, el reconocimiento que merece y hasta su santidad. Y todo sucedió de una manera sobrenatural, diría yo, lo contaré en otro momento.

Pero Orlando sigue vivo, de otra forma, transformado y en plenitud, conectado con los que lo amamos y a la espera de reunirnos todos. Siento paz y liberación después de haber escrito este hecho tan doloroso. Seguro es para sanarme de otros duelos.

Cómo sucedió la conexión con Silvia y Eduardo. Una amiga me envió por whatsapp un cuento, se trataba de El Carnero. Cuando lo vi, reconocí en seguida que aquél cuento era de Orlando, así que lo leí nuevamente, mientras recordaba cuando él los relataba en la parroquia, pero al finalizar el cuento me di cuenta de que aparecía una dirección de un grupo, en una letra muy pequeña, aun así la abrí y vi que era un grupo por la memoria de Orlando Yorio. No podía creer. Había un grupo por su memoria. Lo busqué inmediatamente en Facebook y allí encontré mucho material sobre su secuestro, la tortura y sobre su vida. Nos quedamos con Juan viendo aquello por horas y llorando mucho. Entonces me decidí y les escribí a Silvia y Eduardo, quienes después de unos días se contactaron conmigo y les conté lo que significaba haber conocido a Orlando, y darme cuenta lo vivo que estaba en mi corazón, todo parecía que había sucedido ayer y fue así que me animé con el empuje de ellos a escribir estas memorias y después de los que encontré dispuestos a compartir también sus experiencias. Todo esto se ha hecho para devolverle la fama y el reconocimiento tan merecido. Y aquí están los que Orlando quiso que estuviesen, los pobres, sus amigos, a los que él entregó su vida con el amor que recibió de Cristo, nuestro Señor, pobre.

El alma no duele

Estamos en tiempo pascual, saboreando la resurrección de Jesús, pero a la vez, este tiempo y las lecturas nos llevan a reflexionar y profundizar en el hecho de no reconocer al resucitado hasta que hace un signo personal, cercano, amoroso, entonces, quienes hemos tenido una amistad con Él lo reconocemos.

Hace unos días, aún estábamos en tiempo de cuaresma, tuve un sueño, muy significativo, por eso decidí compartirlo.

Soñé que iba a una institución aparentemente a dar clases, y llevaba unos hermosos zapatos negros de punta fina y tacón. Al llegar me dicen que los tengo que dejar en la puerta, así es que me los saco y entro descalza. Aparentemente paso largo rato en aquel lugar entre papeles y otras personas, hasta que se hizo la tardecita y entonces me voy a ir.

Al llegar a la puerta no encuentro mis zapatos, pregunto por ellos a una chica que estaba allí, la cual me dice que estaban en la capilla que se encontraba al fondo del terreno.

No conocía esa iglesia, ni cómo ir, entonces la chica decide acompañarme. Vamos caminando, yo, descalza por un camino de tierra, barro y pasto, y voy pensando en eso, ese camino, mis zapatos ...

Al llegar a la iglesia allí estaban mis zapatos, la chica se va y yo me encuentro en un patio a cielo abierto con unos muritos revocados y cuando levanto la mirada veo a un sacerdote, flaco y de pelo blanco, no veo su rostro, no sé quién es. Está sentado y a su lado hay un banquito. En ese momento supe que me tenía que sentar allí y confesarme, no estaba preparada para eso, pero era muy incómodo irme así nomás.

Decidí sentarme a su lado, y como no sabía qué confesar le dije; -me duele el alma-.

El cura se puso de pie y se rio muy fuerte, con ganas y me dijo: -Nooooo, el alma no duele-. Le contesté: -bueno, a nosotros nos duele el cuerpo y a uds el alma-.

-No. Dijo. Y eso no es materia de confesión. Ándate a tu casa-.

Me levanto y me voy, ahora calzada, pero en seguida me doy cuenta de que reconozco esa risa, era la risa de Orlando, y pienso:

-Claro, yo tendría que haberle dicho que me confesaba por mi orgullo, mi soberbia y mi falta de oración.

Y me desperté. Aún puedo revivir cada instante de ese sueño, como una vivencia, fue muy fuerte y especial y yo creo en los signos del Resucitado, al igual que en Emaús, al partir el pan, o cuando lo vio María Magdalena y la llamó por su nombre. Creo que tenemos momentos de conexión con ellos por el amor y por la oración que nos mantiene unidos.

Reflexión final

Para finalizar, de cierta forma, porque no tiene un final, ya que vive, y quedan otros recuerdos que no ameritan estar escritos aquí. Los que aquí están espero que sirvan para mantener vivo en nosotros a nuestro querido Orlando Yorio, que siendo un santo amigo de Dios y entregado a Él en los pobres, fue ajusticiado, perseguido, torturado y se mantuvo fiel hasta el fin, por eso hoy queremos que se sepa más de él y le sea devuelto el verdadero lugar.

Al igual que se dice de Jesús, que su vida pública duró 3 años, así fue el pasaje de Orlando entre nosotros en Uruguay. Escasos 3 años, pero que nos dejó mucho, mucha enseñanza con la palabra y el ejemplo, mucha luz para seguir caminando como discípulos de Jesús, mucha esperanza para los pobres, en especial y mucho amor genuino. Gracias querido amigo por todo lo que nos distes, y tengo plena certeza de que nos volveremos a ver. Sigue intercediendo por nosotros, te necesitamos.

Y gracias a Jesús por este tiempo de recordar, hablar de él y escribir sobre él, ha sido un gran gozo.

Hasta siempre, porque el amor es más fuerte que la muerte.

PARTE II

*A continuación se encuentran algunos
testimonios de integrantes de la parroquia
que quisieron compartir con nosotros.*

Gracias por la generosidad.

Nelly

**Testimonio relatado por Nelly Moreira,
integrante de la comunidad de Santa Bernardita, en épocas del P. Orlando.**

Nelly, alias nené, integraba la comunidad de Santa Bernardita, y en el año 2000 se estaba preparando para el sacramento de la confirmación. Nelly estaba casada con Julio González, el cual no la acompañaba pues se declaraba ateo. A pesar de que había permitido que sus hijos fuesen a colegios católicos y él mismo accedió a bautizarse para casarse con Nelly.

En determinado momento, Julio se enfermó de cáncer, y se fue agravando su situación de salud, y cierto día, ya estaba él muy mal, miró una imagen de Jesús que tenía Nelly en su mesita de luz y le dijo, señalando la imagen:

-Solo éste me podrá salvar-

Entonces Nelly le ofreció ir a hablar con el P. Orlando en la parroquia. Él aceptó y fueron.

Era domingo y ese día Orlando daba la Unción de los enfermos. Llegaron un rato antes y Julio entró para hablar con Orlando. Cuenta Nelly que salió muy animado, renovado de la charla y que Orlando le daría la unción a él también. (ese relato de que Orlando le dio la unción a un ateo, que se encuentra en el libro Tanteando pactos de Amor, ese ateo era Julio).

A partir de ese momento Julio se convirtió de una forma espectacular, concurría a las charlas de Nelly de preparación para la confirmación, participaba con gusto, y decía que había encontrado en Orlando la paz y amor que necesitaba para pasar por ese momento tan doloroso de su vida.

Los domingos que no podía ir a la misa, Orlando le mandaba la comunión por Nelly.

Hablando con Nelly, hoy, me decía lo mismo que he dicho en otro pasaje, Orlando era un santo que vivió entre nosotros, y que el amor que nos dejó vive hasta hoy en nosotros y lo amamos a Él.

Los recuerdos como estos, están perfectamente vivos en la memoria. Y seguramente Julio está con Orlando y los dos se reirán de que estemos poniendo por escrito esta anécdota tan linda, de esa santidad de Orlando derramada en nosotros que tuvimos la dicha de estar por un tiempo cerca de él.



Mirian

Testimonio relatado por Mirian Domenechi. Integrante y responsable laica de la parroquia de Santa Bernardita en tiempos de Orlando Yorio.

Era un viernes santo y como comunidad decidimos hacer algo inusual en este barrio. Una teatralización de la crucifixión y el Vía Crucis por las calles del barrio.

Bueno, llegada la hora había muy pocas personas en la parroquia, pero aun así decidieron caminar detrás de la cruz de Jesús y hacer las estaciones.

Orlando, decidí ponerme atrás de la gente, se puso último.

A medida que transcurría el trayecto se fue sumando gente, y más gente, para cuando se llegó nuevamente a la parroquia, el templo desbordaba de gente hasta la calle, nunca antes visto.

Cuando todo terminó, Orlando les dijo: -vieron que siempre el cura va delante de la gente junto a la cruz, pero saben que a mí me gusta caminar allá atrás junto al pueblo que sigue a Jesús, y en esta ocasión fue muy hermoso por la gente que se me acercaba y hasta hubo confesiones mientras caminábamos-.

Y así era Orlando. Ejemplo vivo de Jesús que vino a servir y no a ser servido. Caminaba junto al pueblo, con un oído en el Evangelio y otro en el pueblo.

Qué hermoso. Gracias Orlando por tu amor por nosotros y gracias Mirian por compartir este lindo recuerdo de cómo vivía Orlando en coherencia con Jesús siempre.



Freddy

A mi hermano en la fe:

Orlando Virgilio Yorio

(Un cura del pueblo)

Creo que era el año 1998 cuando lo vi por primera vez, yo estaba haciendo tibios intentos de retomar la fe y me había acercado a la parroquia de Sta. Bernardita en el barrio de Malvin en Montevideo. El por su parte se había venido al Uruguay debido a unas amenazas que había recibido en su país, acompañado de dos mujeres consagradas que lo cuidaban, Leonor y Delia.

Orlando era un ser de luz, una vez que lo veías quedabas cautivado con su presencia, era fraternalmente muy cariñoso, extremadamente sencillo, tenía una facilidad enorme para hacer comprensibles los misterios

más complejos de la fe. Me acuerdo que una vez hablando sobre la virgen le pregunté qué opinaba sobre la virginidad de María, levantando la vista y mirándome fijo me dijo: -A mí la única virginidad que me interesa es la de su corazón-. Ese era Orlando, un iluminado.

Además de compartir parroquia, por aquellos años tuve la dicha de que fuéramos vecinos en un barrio de la costa de oro de Canelones, tenían una linda casita muy acogedora y eran muy buenos anfitriones. Durante un tiempo me invito a hacer una revisión de mi vida ya que yo estaba pasando por momentos muy difíciles y nos reuníamos en su casa los sábados a la mañana. No sé si tengo la capacidad de expresar con palabras lo que significó esa experiencia de confesión y verdadero arrepentimiento que realicé de la mano de este hombre santo. Fueron varios sábados, había mucho que sacar para afuera. En un momento estábamos hablando de mi hijo que en ese entonces era un adolescente muy difícil y lo fui a conversar con él buscando su apoyo y me acuerdo que me dijo estas palabras: -Hagas lo que haces no lo sueltes, vos sos la única cuerda que lo tiene atado a la vida-. Así de sencillos pero contundentes eran los consejos de Orlando.

Yo lo acompañaba como guía en la misa de los sábados de tarde, eran definitivamente unas celebraciones increíbles, creo que rara vez lo vi celebrar con casulla, vestía un alba y una estola de colores tejida por los mapuches que creo haber escuchado que se la habían regalado los mismos indígenas, sandalias y medias blanquísimas. Después de leer el evangelio bajaba los tres escalones de la altura de la sede y se paraba en el pasillo central entre la gente, para poder mirarnos a todos a los ojos mientras nos regalaba su homilía. Homilias que siempre terminaba con un relato de alguna experiencia de vida de esas que había recogido en su larga trayectoria y que de alguna manera se ataban en algún punto con el evangelio del día.

Llegaba bastante antes de la hora de la misa a la parroquia así tenía tiempo de confesar, pero ese rato nunca le alcanzaba y las celebraciones

comenzaban siempre después de hora, cosa que molestaba a algunas monjas de un colegio cercano muy celosas de la puntualidad. Eso a él no lo perturbaba, tenía la condición de darle prioridad a lo importante que era el sufrimiento de la gente. Me acuerdo que como resultado de esta situación en una reunión del grupo de liturgia se le planteó ese inconveniente a lo que contestó: -Yo les pido fraternalmente que unos minutos antes de la hora me den unos golpecitos en la puerta, pues me sumerjo tan profundamente en los dolores de mis hermanos que pierdo la noción del tiempo-. Ese era Yorio, se entregaba por completo.

En la puerta de su casa había un paraíso, cuando el clima era amigable el solía sentarse a leer bajo su sombra y de paso charlaba con algún vecino, había uno en especial que todos los domingos iba a una feria muy grande y famosa de Montevideo y compraba pájaros de esos que cazan y enjaulan porque son buenos cantores, ese hecho a Orlando lo tenía mal, él sabía muy bien lo que era estar privado de libertad y desaparecido, lo había sufrido en carne propia en la dictadura argentina. Un día no aguantó más y le preguntó para que compraba esos animales, cuando el hombre le contestó que los compraba para después soltarlos y devolverles la libertad, se puso tan contento que ese acontecimiento pasó a ser parte de su homilía ese sábado.

Era austero al extremo, muy prolijo, su habitación tenía una camita un roperito y una mesita para poder leer, en el living tenía una estatua de la virgen en una mesita con su rosario y nunca faltaba una varita aromática encendida, unos sillones y una biblioteca que compartían los tres. Un día Leonor encontró unos dólares adentro de un jarrito entre los libros y le preguntó que hacía allí ese dinero, le contestó que estaba destinado a ayudar a la gente cuando fuera necesario. Era capaz de dar todo lo que tenía, estaba mucho más allá de todo lo material.

Tuve el enorme privilegio que el almuerzo de la navidad de 1999 aceptara pasarlo en nuestra casa, no lo sabíamos por supuesto, pero esa sería su última navidad. Me acuerdo que fue a Malvín a celebrar la misa

y a la vuelta lo esperé con un asadito que compartimos las dos familias. Atesoro registros gráficos de ese almuerzo felizmente, son unas de las fotos que guardo con más cariño. Fue un día increíble, aunque ya en esos registros se lo ve un poco frágil de salud.

Un tiempo después de su pascua, Leonor impulsó la creación de un libro que recopila su “cuentitos” esas experiencias de amor que había recogido en su largo caminar como cura. Con una gran generosidad me pidió que escribiera una semblanza de Orlando para incorporar en la solapa del libro, como no creo poder resumir mejor de lo que lo hice hace más de 20 años voy a repetir las mismas palabras.” De Orlando recuerdo la sonrisa pícara, cómplice, como la de haber hecho recién una travesura, el hablar quedo en un lenguaje llano, el hacerlo entre la gente y no desde la altura de la sede, la capacidad de escuchar e ir encontrando los huequitos para llegar al corazón de todos y que todos tuviéramos un lugarcito en el de él”.

Freddy Oscar Federico Pose
Ciudad de la Costa
Dpto. de Canelones
República Oriental del Uruguay



Rosi

Tratando de memorizar cuál fue la primera vez que vi al Padre Orlando se me mezclan dos recuerdos: un 2 de Febrero, día de la Virgen de la Candelaria (aunque acá en Uruguay es más recordada “Yemanjá”, una diosa pagana del mar) fui a misa de tarde. Yo no iba tanto a la Parroquia del barrio, pero mi hermano estaba muy enfermo en terapia intensiva y yo había volcado toda mi fe en María, más precisamente en la Virgen de Lourdes, y ella cumplió. Gracias a su intercesión, después de veinte y pico de días de gravedad, mi hermano salió de CTI, a pocos días de haber ido yo a esa misa, el día 11 de Febrero, justamente el día de la Virgen de Lourdes, el día que ella se le apareció a Santa Bernardita. El nombre de nuestra Parroquia es justamente ese.

Pero, volviendo a ese 2 de Febrero, me encontré a un Padre “nuevo” que estaba en el patio de la Iglesia y a todos con sus velas prendidas para ofrecerle a María.

También recuerdo el viernes Santo de ese mismo año: llovía a cántaros, no se había podido hacer el Vía Crucis por el barrio. Lo hicimos dentro del templo y ahí estaba otra vez ese Padre, delgadito, humilde, frágil, y mi hijo que tenía 11 años lo acompañó en ese recorrido con un candelabro en cada mano (que eran muy pesados). Él siempre recuerda ese día.

Y seguimos “viéndolo” y “descubriéndolo” ...

- *“¿Quién es? “Es Argentino” “Ah, mirá”*
- *“Fue perseguido, sabés?” “¡No me digas!”*
- *“¿Cómo pudo alguien hacerle daño a él?”*

No cabía en mi cabeza que un ser como Orlando podía haber sido tratado así.

Él, que era todo paz, todo amor, toda entrega... Y no era tan frágil, espiritualmente era fuerte.

¡Cómo llegamos a quererlo! Mis hijos, mi hermana, mi familia... nos acercábamos a la misa a escucharlo a él.

Durante el tiempo que estuvo aquí los temas de conversación del domingo al mediodía, en los almuerzos en familia, eran “los cuentitos de Orlando”. Esas homilías que calaban dentro, que dejaban resonando sus palabras y sus vivencias en nuestros corazones durante días y que nos emocionaban hasta las lágrimas cuando a él se le quebraba la voz.

- “¿Qué dijo el Padre Orlando hoy?” “¿De qué habló hoy?” -

Y era un placer recrear sus historias.

Y él, humilde, abrigado con su ponchito en invierno y con sus sandalias en verano, con su alba blanca y nada más, casi sin ornamentos, sencillo como Jesús, como los pobres a los que él tanto quiso...

Recuerdo a mi hijo ayudándolo en el altar, le sostenía su pañuelo y le guardaba sus lentes en el estuche.

Y un día se fue, dejó este mundo y dejó un vacío que nadie puede ya llenar. ¡Qué día tan triste! Cuando lo velábamos en la Parroquia un pajarito sobrevolaba el altar, era un signo, pensamos. Él nos enseñó a encontrar a Dios en las cosas chiquitas, en los seres sencillos, en la vida... Y su espíritu que está con Dios y con María a la que él tanto quería, a quien llamaba “la mamá”, a veces me parece que ronda los lugares en los que él estuvo. Porque él está aún y estará... En su foto que está junto a la Virgen de Lourdes en un lugar destacado de mi casa, un lugar por el que pasamos continuamente y su sonrisa cómplice y sus ojos vivaces nos miran como diciendo “Yo estoy aquí,

con ustedes". Y en mis sueños, donde dos por tres se cuela, y en sus palabras capturadas para siempre en los cassettes, y sus palabras guardadas en sus libros, libros a los que consulto día a día... (y que llegó al corazón de mi esposo que era agnóstico) ... y en los recuerdos y las enseñanzas que nos dejó.

Y seguimos en su Parroquia extrañándolo, recordándolo y teniéndolo presente.

Aunque lloremos cuando lo vemos en los videos o lo escuchamos, estamos felices por haber tenido el privilegio de haberlo conocido, a ese cura argentino que logró que dijera que nunca más iba a sentir rivalidad con el pueblo argentino. ¡Si un argentino fue uno de los seres más queridos en mi vida!

Dios te bendiga Padre Orlando, amigo que me acercaste nuevamente a Jesús.

¡Te queremos y te recordamos siempre!



PARTE III

Algunos pensamientos ...

*En mis idas y vueltas con mi fe, en mis
altibajos de mi relación con Dios, con Jesús.
En épocas de "olvido", si se puede llamar así
a no acercarme a Ti, conocí al Padre Orlando
y fue como que Tú me abrazaras...*

¿La última foto?

Yo participaba de la entrega de un regalo que le hacían las señoras del Costurero al Padre Orlando, era una manta tejida por varias de ellas: muchos cuadrados que eran unidos entre sí, algo que también simbolizaba la dedicación y la solidaridad de esas horas de tejido que se hacían en la Parroquia para donar a los que necesitaban abrigo. Como yo buscaba, y sigo haciéndolo, capturar cada momento importante o tener una foto junto a alguien a quien quiera mucho y admire, le pedí a Orlando que se sacara una foto conmigo “afuera” le dije, “en el patio”, por supuesto que me dijo que sí y alguien la tomó con mi cámara, no sabía en ese momento que esa capaz sería la última foto suya, con esa sonrisa cálida que me acompaña desde hace más de veintiún años, desde el portarretrato en el aparador de mi casa, en un rincón apoyado en él, como un ícono junto a María, la Virgen de Lourdes.

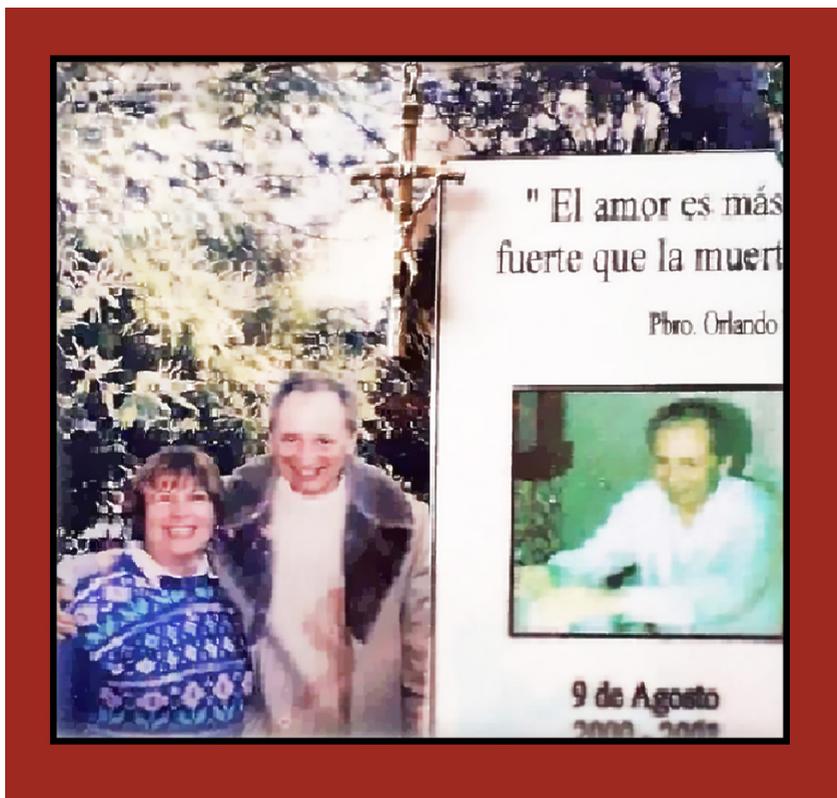
Cuando él nos dejó, casi de golpe, fue uno de los más tristes días que recuerdo... cuando surgió la idea de colocar su foto para recordarlo no había una de él solo. Yo, entonces, les dije que tenía mi foto junto a él y además un amigo fotógrafo, y fue él quien “recortó” la imagen de la foto original (recordemos que ahora lo hacemos fácilmente con nuestros celulares, pero hace veintiún años...)

Yo le pedí un mural y una copia para mí, pero recuerdo que hizo algunas más.

Pasó el tiempo y mi primer agradable sorpresa fue cuando buscando material en Internet sobre el Padre Yorio me encuentro con un reportaje realizado a su hermana hace unos años y descubro sobre su mesa ratona un portarretratos con esa foto y ella la toma en un momento dado y se ve claramente. Yo me preguntaba cómo había

ido a parar a ella esa foto, pero sentí una gran emoción. Y lo compartí con amigos y familiares.

Otro día, más recientemente me encuentro con algo que hizo explotar mi sensibilidad a mil. Un video en YouTube que tenía como foto de portada esa misma: ¡mi foto! Y quería haber podido contarle a todas esas personas de ese vínculo mío con esa foto, porque esa sonrisa y esa mirada que ahora se hizo pública y trascendió fronteras me tiene a mí también como “protagonista invisible” Quiso Dios, o mejor dicho quiso el Padre Orlando, que de esto se enteraran más personas, sin dudas, porque todo se fue dando para que yo llegara a este momento de ponerlo por escrito.



Más recuerdos...

Siguen llegando a mí como flashes tus recuerdos: tu partida, la misa de cuerpo presente a la que, por supuesto concurrimos y nos sorprendimos al ver en el altar tantos Sacerdotes argentinos, por supuesto que, al menos algunos, no sabíamos a quién teníamos con nosotros, a pesar de que él nos narraba historias de su vida, jamás habló públicamente de sus torturas, de su persecución y luego todo nos “cerró”. Sí sabíamos de su exilio o algo así.

Recuerdo también el Ave María rezado en torno a tu féretro, tú estabas ahí, en el lugar en que siempre te parabas rodeado de los niños a rezar el Padre Nuestro con los ojos cerrados...

Y ahí estabas “con los ojos cerrados” y te despedí con un beso en la frente.

Y en esos días volviste en uno de mis sueños: salías como de la puerta de la Parroquia, girabas y me hacías adiós con la mano.

Más adelante, el 20 de Diciembre del año 2002, fuimos un grupo a celebrar tu cumpleaños a la que había sido tu casa, en Solymar (un balneario cercano a Montevideo). En ella vimos tu Pesebre armado en la estufa como lo hacías tú (esa misma en la que se calentaron los hombres que te dejaban la leña, donde descubriste, como tú dijiste en un encuentro que habías comprendido que ya no eras un exiliado en mi país, sino que tu tierra se había agrandado).

Entramos por esa puerta que fuiste abriendo lentamente para dar entrada a esas dos personas mojadas, con frío, y les ofreciste calor y algo de tomar y tú luego dijiste que había sido como abrir el corazón...

Volviendo a esa celebración de tu cumpleaños, fue con una misa al aire libre, en rueda, en tu patio del fondo, era Mario el nombre del Sacerdote que celebró, fue con pan y vino, fue en tu memoria, fue en la fecha de tu nacimiento porque siempre nos decías que en el Cielo se seguía cumpliendo años.

PARTE IV

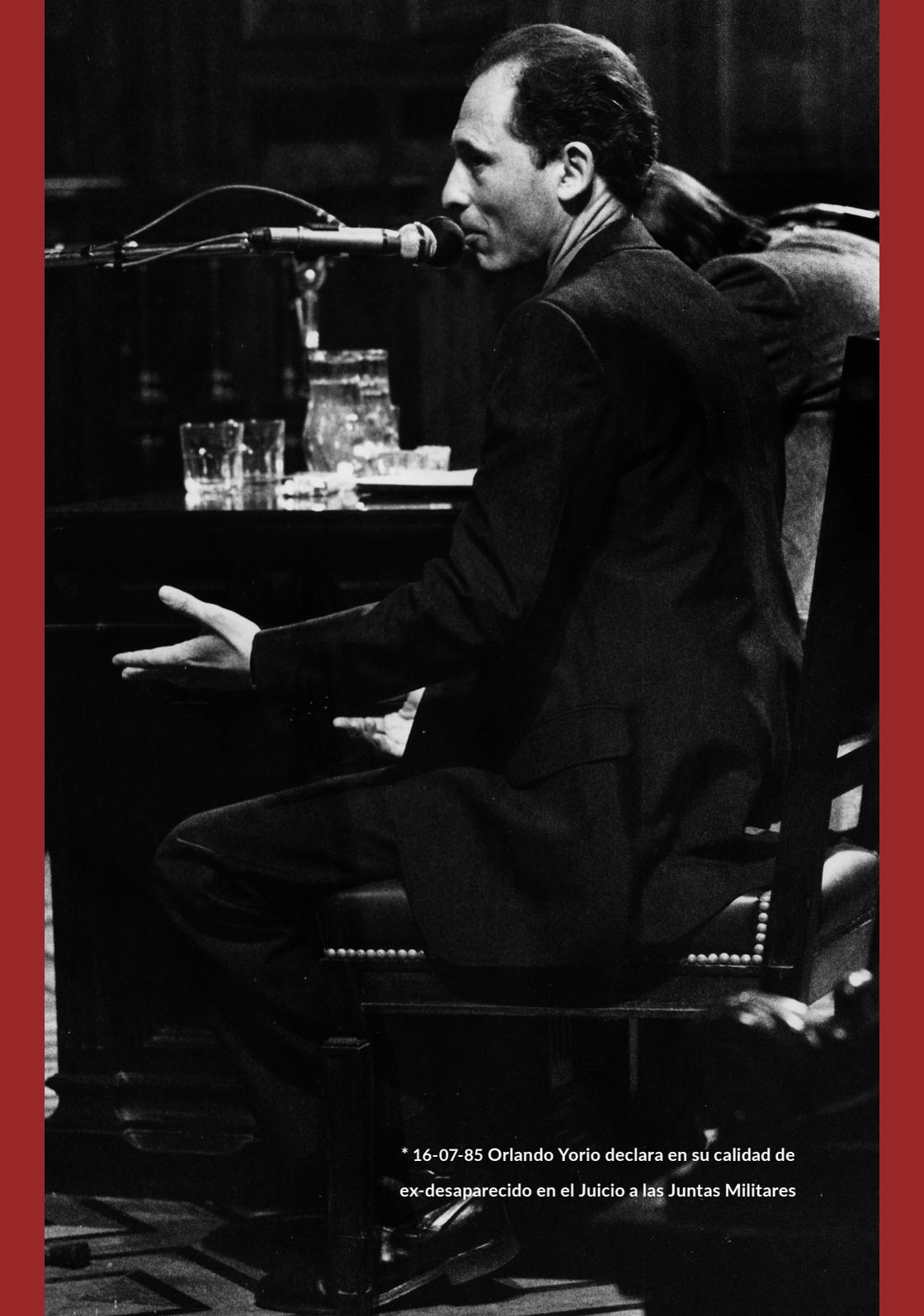
Me gustaría finalizar recordando que Orlando tuvo 3 insistentes visiones del Ecce Homo (he aquí el hombre) del Evangelio de Juan 19:5. Se trata de las palabras pronunciadas por Poncio Pilato, el gobernador romano de Judea, cuando presentó a Jesús de Nazaret ante la muchedumbre y La escena sucede tras la flagelación de Cristo atado a la columna, y la coronación de espinas. Ese Jesús lo invitó a seguir. Orlando fue un elegido especial de Dios, y por eso tuvo la gracia de soportar la injusticia en carne propia y mantenerse fiel a ese llamado, porque como siempre decía el amor es más fuerte que la muerte. La muerte no existe.

Gracias Orlando querido.

Madilene da Costa.





A black and white photograph of Orlando Yorio, a man with dark hair, wearing a dark suit jacket and a light-colored scarf. He is seated in a dark chair, facing left, and speaking into a vintage-style microphone. His right hand is extended forward, palm up, in a gesturing motion. In the background, there is a table with several glasses and a pitcher. The lighting is dramatic, with strong highlights on his face and hand against a dark background. The image is framed by a solid red border on the left and right sides.

* 16-07-85 Orlando Yorio declara en su calidad de
ex-desaparecido en el Juicio a las Juntas Militares

Madilene da Costa Rodríguez, brasileña y nacionalizada uruguaya desde 1990. Nació el 1 de junio de 1960 en Rio Grande del Sur, Brasil. Casada con Juan Guido Macagno en 1981, tienen tres hijos Gabriel, Juan Gonzalo y María Laura. Abuela de Valentín. Estudió Teología en la Facultad Mariano Soler en Montevideo. Docente de portugués e Intérprete de lengua de Señas Uruguaya. Integrante profesora de la Orden Franciscana Seglar de Uruguay. Actualmente participa en la Parroquia de Santa Elena en Montevideo.